
*Teodor Shanin**

*El advenimiento de los
campesinos: Emigrantes que
trabajan, campesinos que
viajan y marxistas que
escriben*

Desde los últimos años de la década de los 50, lo que se dio en llamar la emigración del trabajo dio lugar a que quince millones de obreros cambiasen literalmente la faz de la Europa Occidental. Llegó de forma tan inesperada que una vez más sorprendió desprevenidos a los científicos sociales. Un nuevo problema teórico *ex post factum*. La polémica que siguió dio lugar, especialmente en la segunda mitad de los años 70, a la sorprendente aceptación por la mayoría de los estudiosos de un análisis básicamente marxista de este fenómeno. Aunque los trabajos inspirados en este análisis son cada vez más abundantes, los partidarios de otras tesis permanecen en los últimos años inexplicablemente silenciosos. Los principios fundamentales de esta interpretación se han introducido hasta en el idioma neutral de los Organismos, Comisiones e Informes de las Na-

(*) Departamento de Sociología. Universidad de Manchester. Traducción: Cristina Méndez.

ciones Unidas o del Mercado Común, convirtiéndose con el tiempo en algo reiterativo, un signo inequívoco de madurez o caducidad en las ciencias sociales. La sugerencia actual de establecer una «teoría específica que se integre posteriormente en la teoría general del sistema de producción capitalista» puede considerarse también caduca.

Ya es hora de que se estudien con detalle los nuevos conceptos antes de que una nueva lógica y/o nuevas ortodoxias se conviertan en algo inflexible e inmutable. ¿Dónde podríamos situar esta nueva oleada de hipótesis dentro de la teoría social? ¿Hasta qué punto puede explicar de forma satisfactoria esta teoría «los datos obstinados» que se niegan a encajar en otras teorías? ¿Hasta dónde es coherente con el legado teórico marxista al que se adscribe? Y sobre todo, ¿qué perspectivas existen? (O por el contrario, ¿ya se han establecido los componentes de esta fórmula?).

Para que todo resulte menos abstracto, hagamos referencia a un texto determinado. El artículo de Nikolidakos, en *Race and Class*, nos presenta este paradigma de una forma bastante metódica, lo que nos permite subrayar no sólo los puntos positivos, sino también los negativos (1). Este autor, igualmente, invita a un debate al que aún no ha contestado nadie. Nuestros comentarios no van dirigidos al autor, sino que simplemente intentan presentar de una forma directa lo que todo esto implica. «Esto» significa el nivel actual en que se hallan las corrientes teóricas que se declaran inspiradas en la Economía Política marxista y que estudian la emigración de trabajadores (2). Es más, aprovecharemos su esquema y los comentarios que incluye

(1) Nikolidakos, M., «Notes Towards a General Theory of Migration in Late Capitalism», *Race and Class*, vol. XVII, núm. 1, 1975, de donde se extrajo la anterior cita.

(2) Quizás el trabajo más significativo publicado en el Reino Unido sea el de Castles, S. y Kosack, G., *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*, Londres, 1973. Para unos cuantos ejemplos más, con conclusiones parecidas, véase Worsley, P. M., «Proletarians, Sub-proletarians, Lumpenproletarians, Marginalidades, Migrants, Urban Peasants and Urban Poor», *Sociology*, vol. 10; Ward, A., «European Capitalism's Reserve Army», *Monthly Review*, vol. 27, núm. 6, 1975; Sivanandad, A., «Race, Class, and the State», *Race and Class*, XVII, núm. 4, 1976; Power, J., *Western European Migrant Workers*, Londres, 1976.

sobre los conceptos esenciales, sin pretender llegar a unas conclusiones generales ni a utilizar todos los datos disponibles.

La tesis de Nikolinakos parte de una definición muy particular que sitúa sus opiniones en clara contradicción con la economía clásica y neoclásica. Según este autor, estas teorías aceptan una sociedad armónica y explican la emigración en términos de movilidad de los factores de producción, determinada por las leyes de la oferta y la demanda. Una visión como ésta se rechaza por ahistórica, imprecisa y partidista, ya que no tiene en cuenta los factores políticos, estructurales y demográficos que influyen sobre el fenómeno. Por el contrario, la acumulación de capital se convierte en el núcleo de su interpretación, explicando así la consecución por los obreros autóctonos de los trabajos mejor remunerados, mientras que los emigrantes adoptan el papel de «ejército de reserva», asegurando de esta forma «el crecimiento y el incremento del nivel de vida en los países europeos occidentales», a la vez que proporciona una sustitución estructural del colonialismo externo por el interno. Los procesos demográficos implicados (por ejemplo, «la presión de la población» en los países donde se produce la emigración) no son autónomos, sino una función de la acumulación de capital, que perpetúa la dependencia de las periferias del centro capitalista. Los países donde se produce la emigración son aquellos que han dependido de los poderes coloniales y a los que se les ha asignado el papel de productores de materias primas y alimentos. Mediante la emigración el capitalismo inhibe los posibles conflictos sociales y exporta obreros «desrevolucionarios», al tiempo que beneficia a la metrópoli al permitirle devolverlos a su país de origen durante las épocas de recesión. Al subproletariado emigrante se le explota simultáneamente como individuo, como clase, y como ciudadano de un país dependiente. Sin embargo, para los emigrantes esto supone mejorar su situación material. El análisis de clase que el autor nos propone, sitúa a los emigrantes como subproletariado al desenmascarar la naturaleza estructural de la explotación, y lo anterior se expresa en un llamamiento político a los

emigrantes y a los trabajadores autóctonos a que se unan, ya que «en un análisis global no existe objetivamente ningún interés exclusivo del emigrante».

Indudablemente el proceso global de acumulación de capital es esencial para entender el flujo constante de emigrantes hacia la Europa Occidental acaecido durante las dos últimas décadas. El hecho de que se haya centrado el análisis en este aspecto explica la aceptación del punto de vista marxista en este campo y que haya sido aceptado por sus adversarios ideológicos y por los «no comprometidos». Decir esto es decir mucho. Sin embargo, detenernos aquí significaría la incapacidad de reconocer que aún queda mucho por hacer. Con lo anterior pretendo recopilar, juntos con importantes aciertos, un conjunto de conceptos muy difundidos y repetidos frecuentemente, que son erróneos y que por tanto debilitan de forma notable la fuerza de los argumentos empleados. Esto es así en cuanto a la caracterización general del fenómeno y los datos elegidos. También lo es en sus propios términos teóricos, o sea, los del pensamiento marxista. Por tanto, lo que se expone a continuación no es una sustitución de este análisis, sino más bien un llamamiento para suplementarlo y revisarlo de forma crítica antes de que cobre víctimas la banalidad encerrada en el autoelogio que se hace de él.

a) Reaccionarios y enemigos razonables

Uno de los deportes favoritos de los intelectuales de izquierda es caricaturizar a sus críticos, tachándolos de reaccionarios burdos, para después divertir a sus seguidores dejándolos fuera de combate. Es desde luego superficial, por no decir falso, referirse a los primeros teóricos no marxistas de la emigración como si describieran simplemente un mundo armónico reflejado en leyes económicas. En primer lugar, el modelo de armonía considera no sólo la problemática de la discordia, sino también la del ajuste (por ejemplo, «equilibrio dinámico», etc.) y, por tanto, no sólo la armonía *per se*. Por otra parte, este tema nunca se trató dentro de un solo marco disciplinario, como puede ser el económico, al reconocer los no marxistas

ilustrados que esto era inaceptable. Aquí es donde se introduce la sociología (se puede añadir la palabra «burguesa» para los aficionados a las etiquetas). Dentro del marco conceptual adecuado (mayoritariamente el funcionalista), desde Park ya se estudia y reconoce seriamente la problemática y la dura realidad de la emigración (3). Su marco conceptual, «economista», los intentos de considerar todo como problemas de «cultura», «asimilación» y «culturalización», la tendencia a tratar a los emigrantes como individuos (aislados en un crisol) y la imprecisión que existía en cuanto a las jerarquías de clase en los «países receptores», eran analíticamente restrictivos e intrínsecamente ideológicos en su carácter. Por consiguiente, fue debidamente atacada y actualmente se halla prácticamente superada. Sin embargo, todo lo anterior dista mucho de justificar que se ignore su existencia o se acepte su falta de inspiración.

Es justo reconocer, aunque no sea el caso de Nikolínkos, que otros escritores con puntos de vista similares han tenido en cuenta la sociología funcionalista. Sin embargo, prácticamente todos suponen una dualidad falsa en el campo conceptual entre «ellos» (los partidarios de la armonía social) y «nosotros» (los marxistas, desde luego). Esto sigue siendo inaceptable incluso cuando se evitan las caricaturizaciones. Históricamente, «en una posición intermedia», y como una etapa anterior al auge del marxismo, una tercera posición teórica se convirtió en punto de convergencia de muchos radicales. Me estoy refiriendo a las «teorías de las relaciones raciales» que durante algún tiempo tomó el liderazgo de la crítica del funcionalismo, ofreciendo una caracterización alternativa del tema como un problema de grupo y que presentaba una forma peculiar de teorizar (normalmente muy cercana al interaccionismo simbólico), así como una terminología propia (por ejemplo, «visibilidad», «taxonomía popular dualista», etc.) (4). Esta

(3) Park, R. E., «Human Communities», *Race and Culture*. New York, 1952. Para un trabajo importante actual, véase S. Patterson, *Dark Strangers*, Londres, 1976.

(4) La mayoría de las publicaciones del movimiento «Black Power» adoptaron esta posición. Para un trabajo académico, véase Banton, M., *Racial Minorities*, Londres, 1972.

teoría fue también debidamente atacada por deficiente, parcial, políticamente expuesta al riesgo de la xenofobia y por presentar notables problemas cuando se alejaba del mundo anglosajón en el que tuvo su origen (con esta teoría, ¿cómo podría explicarse el tratamiento que reciben los emigrantes italianos en Suiza o la preferencia que existe en Francia por los negros puros de la Martinica en contraposición a los argelinos?) (5). Su retroceso, convirtiéndose frecuentemente en un tipo de marxismo, no implica su inexistencia ni que haya que descartarla de esta polémica teórica.

Todo esto es importante no sólo por razones de exactitud y erudición académica; lejos de pertenecer a la historia de los conceptos erróneos (ya «superados») o al arsenal ideológico del enemigo (al que hay que destruir), las opiniones, conquistas y limitaciones de estas escuelas son inmanentes en el actual análisis marxista. Esto no es un llamamiento a una purga, sino que tratamos de recordar la convicción de Marx de que sólo integrando lo mejor de los conocimientos y éxitos del adversario puede florecer la propia ciencia social. Por otra parte es de suponer que con toda seguridad habrá una reaparición futura de los paradigmas anteriores mejorados por la crítica marxista.

b) Clase «aquí» y «allá»

Es fundamental para el tema que tenemos entre manos el peculiar, por no decir sorprendente, análisis de clase propugnado por las tesis anteriormente citadas. Se puede observar una sociedad global dividida en metrópoli y periferia; la segunda, explotada por la primera. Por parte de la metrópoli nos encontramos con una estructura de clase, la burguesía «capitalista tardía» que controla los medios de producción, un proletariado que no los posee y un subproletariado extranjero al fondo. Hasta aquí, muy bien. Sin embargo, ocurre algo importante con este esquema de cla-

(5) Castles etc. *Obr. cit.*, pág. 444. Bennoune, M., «Meghribin Migrant Workers in France», *Race and Class*, vol. XVII, núm. 1, 1975.

ses cuando se comienza a hablar de los países de donde proceden los emigrantes, ya que, al parecer, en ellos no hay clases, o al menos no se mencionan. El modelo global tan repetido de la emigración es aquel que hace referencia a los grupos étnicos —por ejemplo, los turcos, argelinos, españoles, etc.— que por el hecho de cruzar fronteras realizan la treta nada desdeñable de convertirse en una clase, la proletaria, a la cual se le puede añadir el prefijo «sub» a petición de los interesados. Se postula por omisión la emigración de una sociedad sin clases (¿o es esta una sociedad con una sola clase de emigrantes potenciales?). Un modelo simétrico teórico de las «sociedades receptoras» sin clases que empleaban los teóricos funcionalistas no hace tanto tiempo.

¿Quiénes son «los emigrantes» que se encuentran al otro lado de la línea divisoria y que han llamado tanto la atención de los analistas de clase «occidentales»? Con muy pocas excepciones evidentes (por ejemplo, los antillanos emigrados a Gran Bretaña) son en su mayor parte campesinos, según la definición clásica de esta clase (6). Por otra parte, puesto que las clases no existen en el vacío, estos campesinos pertenecen a un período histórico que suele denominarse en Europa «las primeras etapas de la industrialización». Muchos de ellos provienen directamente de las aldeas de Turquía, India, Argelia, Marruecos, Portugal, Sicilia, etc. Algunos otros dejan perplejos a los estadistas al emigrar primero a los suburbios de las ciudades de su país, para luego emigrar a las metrópolis extranjeras e inscribirse como naturales «de Estambul», etc. (Este no es el lugar apropiado para ofrecer pruebas de todo esto, sin embargo, a estas alturas ya existen bastantes evidencias [7]). En algunos trabajos sí se menciona, aunque de pasada, el «origen rural» de los emigrantes (¿y qué

(6) Sean autores marxistas clásicos o contemporáneos, por ejemplo, Marx, K., *Pre-Capitalist Economic Formations*, Londres, 1964; Galeski, B., *Basic Concepts of Rural Sociology*, Manchester, 1972; Shanin, T., *Peasants and Peasant Societies*, Harmondsworth, 1971; Wolf, E. F., *Peasants*, New York, 1962.

(7) Por ejemplo, para el norte de Africa, véase Bennoune, *Obr. cit.*; para Turquía, véase Kudat, A., *Stability and Change in the Turkish Family at Home and Abroad*, (International Institute of Comp. Soc. Studies Publication), Berlín, 1975, o Abadan-Unat, N., etc., *Migration and Development*, Ankara, 1976, etc.

se quiere decir con esto? ¿Son agricultores acomodados? ¿Curas rurales? ¿Trabajadores asalariados? ¿Mendigos?). Esta referencia es normalmente tan desdeñosa como el silencio en cuanto a su sentido como clase.

Sin embargo, ¿qué más da? Aceptemos esta frase hecha y la intuición sociológica de la ineficacia analítica que supone una omisión tan desproporcionada en un trabajo que, supuestamente, «relaciona todos los aspectos del fenómeno de la emigración con sus características de clase» (Nikonilakos, *obr. cit.* pág. 14), ya que ¿nos es realmente importante conocer el origen de estos individuos para entender la emigración? Después de todo, ahora son en su mayor parte «urbanos» y (sub)proletarios. ¿Qué importa lo que *fueron*?

Sí importa, y decisivamente, ya que cualquier análisis, sea marxista o no, sólo puede descartar la historia aceptando el riesgo analítico consecuente. La emigración es una secuencia, incluso para aquellos que son más reacios a contemplar el presente como historia. Los campesinos en las ciudades son diferentes a los proletarios que nacieron en ellas. No se puede entender bien a los emigrantes como grupo, sin tener en cuenta sus orígenes y su dinámica en un contexto global. Sin esto cualquier análisis de clase será indudablemente ahistórico y partidista.

Para especificar el significado de todo esto, debemos examinar con más detalle a los campesinos que viajan, a los emigrantes que trabajan y a los marxistas que escriben.

CAMPESINOS QUE VIAJAN

El proceso de industrialización también ha sido un proceso de descampesinización. Recordar esto significa poder utilizar datos y experiencias comparables y unos conocimientos analíticos de los que ya disponemos. También nos permite efectuar comparaciones en relación con este tema, como pueden ser la de los mejicanos en Estados Unidos, la de los finlandeses en Suecia o la de los negros de Suráfrica; así como clasificar la heterogeneidad de los

trabajadores emigrantes provenientes de sociedades básicamente campesinas y aquellos (los menos) que no provienen de ellas, por ejemplo, los punjabis vs. los antillanos en Inglaterra. Indudablemente la tesis que sostiene Sivanandad en cuanto a las diferencias entre los antillanos y los asiáticos en Inglaterra se puede considerar en estos términos (8). Al profundizar más, llegamos a las importantes aportaciones de Znaniecki y Marx, que ofrecen unas definiciones sorprendentemente «actuales» para clarificar los dos polos de la descampesinización a través de la emigración hacia las metrópolis extranjeras (por una parte, los pueblos que continúan existiendo, y por otra, los que desaparecen) (9). Este proceso nos permite también formarnos una idea más adecuada de que la descampesinización ha sido necesaria para que la industrialización fuera más eficaz. La explicación de lo anterior, es, de nuevo, un resultado analítico del pasado, expuesto en los estudios de la «acumulación primitiva», que parten de Marx, pasan por Preobrazhenski y llegan hasta Baran (10). La predisposición de los campesinos a ser estructuralmente desintegrados y amontonados, ha sido de una importancia indudable en la industrialización/acumulación de capital, en tanto que se ofrecía como mano de obra barata, dura y muy exportable, cuyo costo no repercutía en la industrialización (al ser absorbido por sus pueblos de origen). El «cercaamiento» de tierras, la expansión del mercado mediante la destrucción de la artesanía y la expoliación de los campesinos coloniales mediante la adquisición de materias primas baratas, también tuvieron una repercusión muy importante en este proceso. No obstante, fue la mano de obra campesina como *input* lo decisivo, ya que raramente se la podía sustituir. Para «ponerlo todo en marcha» fue imprescindible obligar al campesino a emigrar.

Esto se vio facilitado por el hecho de que la imagen tópica del campesino inmóvil y apegado a sus tierras no es

(8) Véase Sivanandad, *Obr. cit.*, págs. 359-362.

(9) Véase Thomas, W. I. y Znaniecki, F., *The Polish Peasant in Europe and America*, New York, 1958; Marx, K., *The Capital*, vol. 1, Penguin, 1976.

(10) *Ibid.*, Preobrazhenskii, E., *The New Economics*, Oxford, 1965; Baran, *The Political Economy of Growth*, New York, 1962.

otra cosa que la opinión parcial del viajero. El mundo sigue siendo delimitado por los campesinos y los hijos de los campesinos que se trasladan y establecen nuevas fronteras en su eterna búsqueda de nuevas tierras, ya sea en Rusia, China, Vietnam, Sudán, América, etc. Para completar su «programa» se solía añadir el sueño de una vaga libertad y tenaz voluntad de volver a ser campesinos lo antes posible. Estas emigraciones se modelaron de forma específica y se institucionalizaron muy bien dentro de las sociedades campesinas: el hijo del campesino que se marcha para asentarse de nuevo o para volver una vez que tuviera suficiente dinero para mantener a una mujer o pagar los impuestos acumulados, etc. También existía una selección evidente y constante de los más educados y emprendedores, que no eran los más pobres, aun siéndolo. Existía también otra correlación institucionalizada, que era la relación entre la situación familiar, la tierra disponible y la predisposición a volver.

Durante los dos últimos siglos comienza una nueva etapa de la emigración campesina con el cierre progresivo de las «fronteras abiertas» y con la industrialización, siendo los campesinos conducidos con mayor frecuencia a las ciudades, a menudo extranjeras. No obstante, en esta nueva etapa, los emigrantes campesinos han conservado normalmente muchas de sus antiguas costumbres: la auto-selección de los que emigran, el carácter de grupo de los emigrantes en el nuevo lugar de residencia, el sueño de volver... Los campesinos nunca fueron los únicos recién llegados al ambiente industrial de Occidente, aunque sí los más numerosos.

Una conclusión inmediata que puede extraerse es que en cualquier análisis de la emigración no sólo deben tenerse en cuenta las características del capitalismo urbano, sino también los procesos de desintegración y cambio en las economías y sociedades rurales. Ambas están indudablemente interrelacionadas, aunque tienen características relativamente autónomas. Por tanto, un «marco» simplista que se «desintegra» bajo el impacto del «capitalismo» (todo esto sin especificar) es algo totalmente inaceptable; debe

existir un análisis más profundo de los hechos reales (11). En segundo lugar, no se puede estudiar la emigración sin tener muy en cuenta antes los procesos urbanos que se dan en las llamadas sociedades en vías de desarrollo y en las periferias, especialmente en los suburbios (12). La tesis de Santos sobre la economía dual tiene cabida aquí, y el título de la obra de McGee lo dice todo por sí mismo: «Campesinos en las ciudades, una paradoja, una paradoja, una paradoja de lo más ingeniosa» (13).

Algunas de las actuales conclusiones merecen ser examinadas críticamente, proporcionando así nuevas perspectivas. El modelo de capitalismo implícito en el enfoque anterior padece de una suprarracionalización o «hiperintencionalidad». Para decirlo con otras palabras, se basa en la hipótesis de que una clase de capitalistas es la que mejor sabe lo que es más conveniente para el desarrollo del sistema y dirige la política nacional e internacional según estos intereses. Sin embargo, la posibilidad, y de hecho la necesidad, de lo que el fallecido Ossowskii denominó el problema de «los resultados inesperados de la planificación socialista» tiene que reconocerse también dentro de la esfera capitalista. La creencia en la capacidad ilimitada del capitalismo para expandirse bajo su propio aliento, ha sido una de las automistificaciones favoritas no sólo de los capitalistas, sino también de los economistas. Una de sus expresiones se encontraba en la política estatal de la Europa Occidental con respecto a la descampesinización, que fortaleció considerablemente los procesos espontáneos que ya iban encaminados en esa dirección. Esto significó una sobredescampesinización, que se convirtió en uno de los principales obstáculos encontrados en los años cincuenta. En muy poco tiempo, se tuvo que «echar mano» de los campesinos que aún quedaban (digamos en el sur de Italia)

(11) Por ejemplo, Wolf, E., *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Londres, 1969, para una discusión de una crisis importante del campesinado.

(12) Por ejemplo, para este tipo de estudio se puede ver Kiray, M. B., *Squatter Housing: Fast Depeasantation and Slow Workisation in Underdeveloped Countries*, (Proceedings of the World Congress of Sociology), Varna, 1970.

(13) McGee, T. G., «Peasants in the Cities: A Paradox, A Paradox, A Most Ingenious Paradox», *Human Organization*, vol. 32, núm. 2, 1973.

y de otras fuentes disponibles de mano de obra (por ejemplo, los alemanes orientales que abandonaban su país para pasar a la Alemania Occidental, o los argelinos franceses que «volvían a casa»). La respuesta a esa escasez, que aún perdura, se encontró en la emigración, o sea, en una «recampesinización» de la Europa Occidental a base de fuentes extranjeras, que ayudaría a situar y «fechar» todo lo anterior de forma global e histórica.

Aún es más importante el hecho de que esto debería cuestionarlo todo y dejar las puertas abiertas para un nuevo debate del análisis de los mecanismos de autoperpetuación del capitalismo industrial. La hipótesis predominante es que una vez que la mano de obra campesina, local y colonial, pusiera en marcha la acumulación del capital, la expansión capitalista se autoperpetuaría y se expansionaría enérgicamente, e incluso se aceptaría algún que otro altibajo. ¿Es esto así? ¿Ha de aceptarse que el capitalismo europeo realice sus «booms» a costa de la «acumulación primitiva», es decir, consumiendo a los campesinos (y no sólo petróleo y medio ambiente)? ¿Qué significa todo esto para las predicciones y prejuicios sobre su crecimiento y futuro desarrollo global?

EMIGRANTES QUE TRABAJAN

Dejando atrás todos estos argumentos, ¿cómo nos pueden ayudar los importantes desarrollos de los estudios campesinos a comprender las características de las actuales comunidades de emigrantes/subproletariado? La respuesta debe buscarse dentro de un contexto tridimensional.

En primer lugar, y de forma general, el análisis de clase que ignora el pasado histórico es un ensimismamiento en una de sus peores manifestaciones: transformar lo abstracto en concreto. La conciencia y la acción se forman en el contexto objetivo de la lucha económica, el «lugar donde se realizan las relaciones de producción» y la estructura social en su sentido más amplio. Dentro de estas estructuras determinantes, «los hombres hacen su propia

historia», aunque «no la hacen como desearían: no se hace bajo unas circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo otras dadas y heredadas del pasado». Esta es la razón por la cual «la tradición de todas las generaciones muertas», y como parte de ese pasado, «pesa en los vivos como una pesadilla» (14). Tener en cuenta las determinaciones más inmediatas presupone un tipo de historia teórica sin ningún valor, que sólo sirve para obtener el título de doctor o para ejercer de pedante. Lo práctico e importante, para la movilización política, la política de intervención y hasta para las predicciones sobre una realidad auténtica, necesita un análisis en el que el pasado y el presente, las estructuras y el proceso se entrelacen.

Otra tendencia que hay que tener en cuenta es la predisposición de los ex-campesinos/emigrantes/subproletarios a volver o mantener el contacto con sus aldeas. En términos de Economía Política esta es la diferencia principal que los hace distintos cualitativamente de la clase trabajadora autóctona (en este análisis no se considera el color, la nacionalidad y la cultura). Esta es también la forma de precisar la continuación del «campesinado» en aquellos aspectos aún abiertos a la investigación. De nuevo nos encontramos con dos prejuicios económicos: a) La creencia de que el «ejército de reserva» podrá devolverse cuando se haya acabado el «boom» capitalista, y b) La hipótesis de que los emigrantes no volverán espontáneamente (porque ¿qué persona cuerda regresaría a la pobreza y a una renta per cápita inferior?). Estas dos hipótesis son erróneas.

La sustitución del «boom» por una crisis económica a partir del año 1972 no disminuyó drásticamente el número de emigrantes en Europa. Sus tasas de desempleo tampoco son mayores que las de los trabajadores autóctonos. Se desarrolló una nueva situación en la cual los emigrantes se ocuparon de los trabajos «más sucios» y peor remunerados, al preferir los trabajadores autóctonos recibir los sub-

(14) Marx, K., Engels, F., *Selected Works*, Progress Publishers, Moscú, 1969, página 398.

sidios de paro antes de volver a desempeñar estos trabajos. La entrada de nuevos emigrantes se ha limitado mediante distintas leyes, sin embargo, ninguna de estas disposiciones ha expulsado realmente a la comunidad emigrante o ha tenido mucha repercusión sobre la emigración «ilegal» masiva que sigue existiendo. El interés explícito de los empresarios en darles trabajo y las estrategias de supervivencia de los emigrantes, aseguran su continuidad.

El sueño de regresar a sus pueblos natales, ricos y triunfadores, ha sido la gran utopía alrededor de la cual los emigrantes han estructurado sus estrategias, normas y reivindicaciones. Esto tampoco puede considerarse sólo como un sueño, ya que es casi imposible encontrar una aldea en el sur de Italia o en Irlanda sin algún «americano», o retornado. De hecho, para mantener un sueño vivo se necesitan normalmente unas pruebas patentes de su realidad, sin importar que tengan un alcance tan limitado. Aún estamos muy lejos de tener estudios serios que tengan en cuenta las consecuencias a largo plazo, pero creo que algunas cifras comparativas de las personas que han retornado pueden ser de gran utilidad. Las cifras que poseemos de los polacos, en su mayoría campesinos, que regresaron a principios de siglo a una Polonia menesterosa, sin tierras disponibles y oprimida, dejando atrás unos Estados Unidos ricos, prósperos y libres, muestran que se llegó al 30 por 100, mientras que el saldo de emigración e inmigración de Estados Unidos a Europa durante los años 1897-1918 se calcula en un 47 por 100 (15). Más significativo es el hecho de que regresaban a las aldeas.

En cuanto a la Europa de hoy, muchos emigrantes se quedan; como era de esperar. No obstante, un número de personas superior al esperado parece regresar por voluntad propia, pese al riesgo que corren de no poder volver posteriormente a las mayores rentas de Occidente, etc.

Los sueños colectivos, entrelazados con ciertas realidades, han de tomarse en serio cuando se habla de las

(15) Thomas, *Obr. cit.*, pág. 1.511. Kindelberger, C. P., *European Post-War Growth The Role of Labour Supply*, Harvard, 1967.

características de los grupos sociales, especialmente cuando se analiza la conciencia política. Consideremos la Economía: este subproletariado muestra el porcentaje más elevado de ahorro que jamás se haya visto en las sociedades donde habitan. Algo bastante excepcional para un proletariado (y especialmente un subproletariado). Consideremos ahora el ahorro que se invierte: cantidades masivas se invierten en terrenos o pisos en sus países de origen, o se depositan en los bancos locales (16). Consideremos también la estructura de la organización política: se dice que los emigrantes se integran en asociaciones multifacéticas que hacen de sindicato, partido, club social y cooperativa; tienen un papel muy diferente a lo que es normal en el medio donde se desenvuelven, sin embargo siguen estando muy relacionadas con las costumbres campesinas, según los sociólogos políticos que estudian el campesinado (17). (Por otra parte, los emigrantes, supuestamente con una experiencia menor en la lucha de clases, apoyan constante y fielmente las huelgas locales, a pesar de que no reciben apoyo de los trabajadores nativos en las suyas.) (18) Consideremos asimismo las enfermedades mentales: Nikolinakos y muchos otros van retrasados al suponerles tasas superiores de este tipo de enfermedades, ya que lo que realmente ocurre es lo contrario, una peculiaridad que les distingue, al compararlos con el proletariado local (19). Podríamos seguir con la exposición de detalles

(16) Por ejemplo, para los turcos que viven en Berlín Occidental:

	%
Compra de tierras	30.6
Compra de viviendas	20.7
Depósitos bancarios	40.9
Inversiones en objetos de lujo	6.5
Equipo técnico	1.3
TOTAL	100.0

Kudat, *Obr. cit.*, pág. 77.

(17) Compárese Worsley, *Obr. cit.* con Galeski, *Obr. cit.*

(18) Power, *Obr. cit.*

(19) Ramón, S., Shanin, T., Strimpel, J., «The Peasant Connection: Social Background and Mental Health of Migrant Workers in Western Europe», *Journal of Mental Health in Society*.

similares, pero creo que con estos datos ya se pueden obtener algunas conclusiones.

En resumen, a los emigrantes no se les puede tratar de forma realista ni como «objetivamente» parecidos al proletariado autóctono, ni como un grupo oprimido caído de la Luna. Hay que considerarlos dentro de un contexto no sólo global, sino también dinámico, suponiendo un movimiento de personas, recursos y comunicación en ambos sentidos, así como dentro de la historia, en el sentido más amplio de esta palabra. La comunidad emigrante es un residuo que resulta de un retorno selectivo, o sea, un proceso muy actual que influye sobre la estructura social concreta. En sus características sociales y políticas, además de los efectos de una sociedad capitalista tardía, los emigrantes incorporan aspectos típicos del campesinado no sólo por las huellas del pasado que existen en el presente, sino también por las relaciones y contactos reales o imaginarios (pero recuérdese la importancia de los sueños, especialmente dentro del contexto político).

MARXISTAS QUE ESCRIBEN

El análisis siempre es un proceso dual. El aprendizaje del marxismo se hace más fácil trabajando con él. Pese a que el análisis marxista ha clarificado gran parte de la problemática de la emigración, también es igualmente cierto que este análisis intenta desarrollarse sacando a los expertos de sus torres de marfil, acercándolos a la experiencia y a la lucha cotidiana, que es donde realmente se halla el problema.

En este sentido, aun cuando ya se han expuesto todos estos puntos, ni siquiera hemos agotado la lista más superficial de todas las cuestiones que exigen una respuesta. Algunas de las omisiones existentes en los estudios hechos hasta la fecha, son particularmente importantes aquí.

En primer lugar, está la cuestión todavía no formulada, y por consiguiente aún no abordada, de ¿por qué los analistas sociales, tanto marxistas como no marxistas, fueron inca-

paces de predecir uno de los cambios sociales más importantes ocurridos en la Europa Occidental? Si las teorías más actuales llevan razón y los marxistas tienen respuestas directas para todo esto, ¿por qué tiene todo un carácter tan *ex post factum*? ¿Es que antes no hubo marxistas? ¿O le ocurre algo al análisis marxista (como, por ejemplo, una predisposición dirigida hacia Occidente)?

En segundo lugar, el concepto de «falsa conciencia» para explicar los «prejuicios» contra los emigrantes por parte de la clase trabajadora autóctona, necesita un análisis más serio y sofisticado antes de clarificar su valor. ¿Hasta dónde llega el interés de los «resultados finales» en definir la conciencia de clase y la lucha política real? ¿En dónde sitúa lo anterior la emigración en el movimiento socialista europeo? ¿Cuál es la política de emigración por la cual ha de lucharse y que no sea la pueril declaración de exigir un «tratamiento igual» o un control de la opresión policíaca local? ¿Qué se puede decir de lo que sostiene Emanuel de que la conciencia del nativo y del trabajador emigrante reflejan correctamente una diferencia estructural básica de intereses entre ambos? (20). Para recordar su análisis, señalemos que reproduce de una forma nueva lo que se solía llamar la tesis de las «aristocracias obreras». La conclusión puede ser programáticamente desagradable, y ésta es otra de las razones por las cuales es necesario estudiar este tema con mayor detenimiento.

En tercer lugar, la consideración del futuro debe ir relacionada con cualquier reconsideración del pasado y del presente. El tema de la «segunda generación» de emigrantes en las ciudades europeas adopta un aspecto diferente una vez que se relaciona con la desaparición de lo que se llamó el antecedente campesino (para mostrar, una vez más el valor de la comparación y el carácter general del tema, véase, por ejemplo, el vol. 2 del estudio de Thomas y Znaniecki, al que hemos hecho referencia).

Por último, los aspectos teóricos de los eslabones de

(20) Emanuel, A., *Unequal Exchange*, New York, 1972, especialmente las páginas 178-182.

clase e historia, de las dinámicas globales frente a las estructuras nacionales, etc., desde luego no son aspectos sencillos de la problemática que conlleva la emigración. Este problema necesita más que una discusión extraída de un tema concreto. Si se quiere resolver, sólo puede abordarse dentro de un marco de análisis más amplio.

RÉSUMÉ

Sans doute, «l'émigration du travail» constitue un des phénomènes sociaux de la plus grande transcendance du dernier quart du siècle. On peut affirmer que la mobilité de quinze millions d'ouvriers ont changé le visage de l'Europe Occidentale. De façon étonnante, l'interprétation généralement acceptée de ce phénomène est l'analyse marxiste qui centre dans le processus global d'accumulation du capital l'élément explicatif du processus migratoire.

Dans ce travail, en acceptant basiquement cette interprétation marxiste, on expose —à travers une révision des études les plus significatifs— les insufficiences et même les erreurs d'un tel analyse, en réclamant la nécessité de le compléter et de le réviser critique-ment.

SUMMARY

Without any doubt, the «labour emigration» constitutes one of the most transcendental social phenomena of the last quarter of the century. It can be stated that the mobility of fifteen million workers have changed the face of Western Europe. Surprisingly, the generally accepted interpretation of this phenomenon is the marxist analysis that centres on the global process of capital accumulation the explanatory focus for the migratory process.

In the present work, by accepting basically this marxist interpretation, it is exposed —by means of a review of the most significant studies— the insufficiencies and even the errors of such an analysis, postulating the need to supplement and critically revise it.